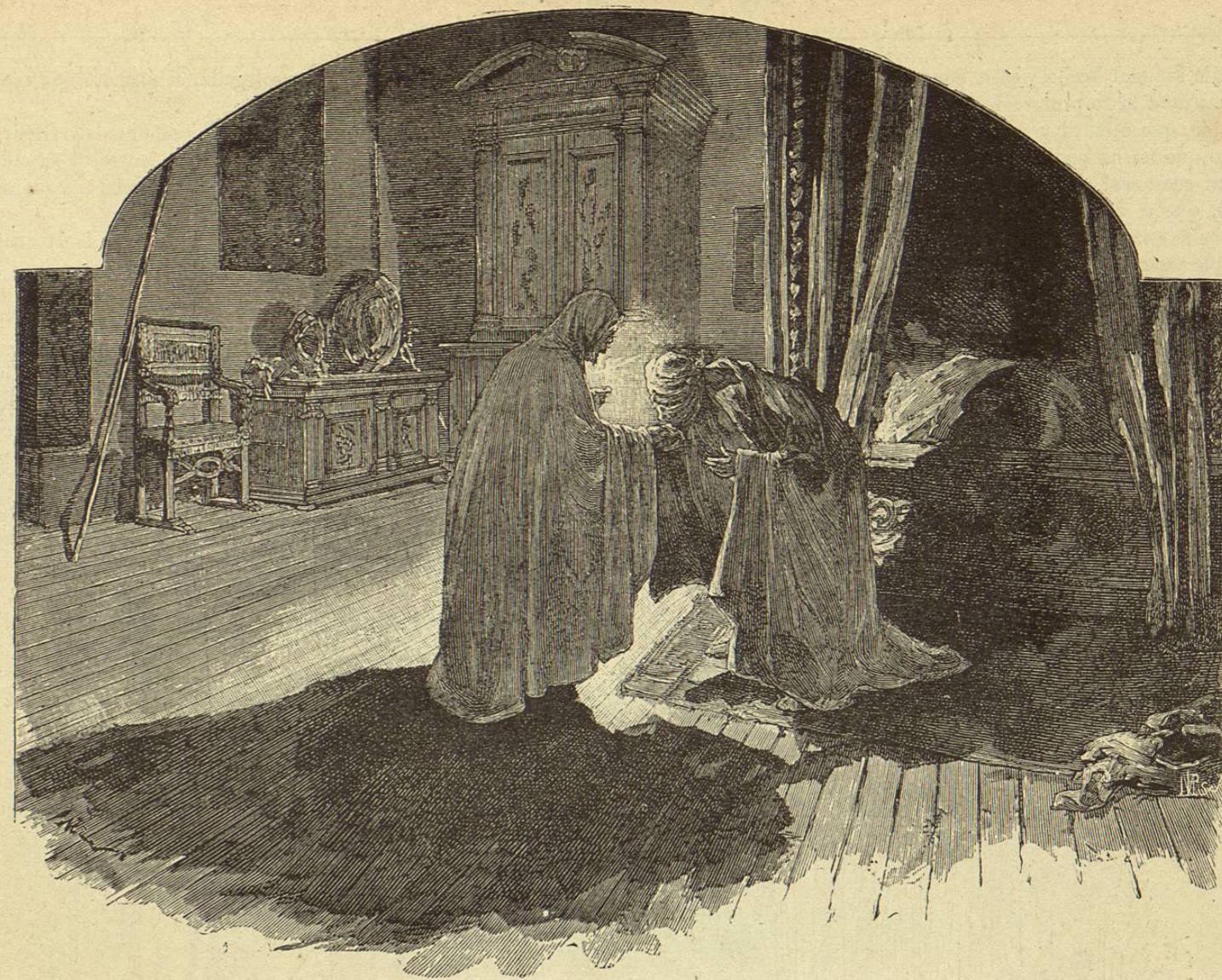




Además estaba mohino y melancólico el mal ferido Don Quijote.



## CAPÍTULO XLVIII.

De lo que le sucedió á Don Quijote con doña Rodríguez, la dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura y de memoria eterna.

ADemás estaba mohino y melancólico el mal ferido Don Quijote, vendado el rostro, y señalado, no por la mano de Dios, sino por las uñas de un gato: desdichas anejas á la andante caballería. Ocho días estuvo sin salir en público, en una noche de las cuales, estando despierto y desvelado pensando en sus desgracias y en el perseguiamiento de Altisidora, sintió que con una llave abrían la puerta de su aposento, y luego imaginó que la enamorada doncella venía para sobresaltar su honestidad, y ponerle en condición de faltar á la fe que guardar debía á su señora Dulcinea del Toboso.

—No, dijo creyendo á su imaginación (y esto con voz que pudiera ser oída), no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra para que yo deje de adorar la que tengo grabada y estampada en la mitad de mi corazón y en lo más escondido de mis entrañas, ora esté la Señora mía, transformada en cebolluda labradora, ora en ninfa del dorado Tajo, tejiendo telas, de oro y sigo compuestas, ora te tengan Merlin ó Montesinos donde ellos quisieren, que adonde quiera eres mía, y á do quiera he sido yo y he de ser tuyo.

El acabar estas razones y el abrir de la puerta fué todo uno. Púsose en pie sobre la cama, envuelto de arriba abajo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los arañes, los bigotes porque no se le desmayasen y cayesen: en el cual traje parecía la más extraordinaria fantasma que se pudiera pensar.

Clavó los ojos en la puerta, y cuando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vió entrar á una reverendísima dueña, con unas tocas blancas repulgadas y luengas, tanto que la cubrían y enmataban desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano izquierda traía una media vela encendida, y con la derecha se hacía sombra porque no le diese la luz en los ojos, á quien cubrían unos muy grandes anteojos: venía pisando quedito, y movía los pies muy blandamente.

Miróla Don Quijote desde su atalaya, y cuando vió su adeliño y notó su silencio pensó que alguna bruja ó maga venía en aquel traje á hacer en él alguna mala fechoría, y comenzó á santiguarse con mucha priesa. Fuése llegando la visión, y cuando llegó á la mitad del aposento alzó los ojos, y vió la priesa con que se estaba haciendo cruces Don Quijote; y si él quedó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque así como le vió

tan alto y tan amarillo con la colcha y con las vendas que le desfiguraban, dió una gran voz, diciendo:

—¡Jesús! ¿qué es lo que veo? y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viéndose á oscuras volvió las espaldas para irse y con el miedo tropezó en sus faldas y dió consigo una gran caída. Don Quijote, temeroso, comenzó á decir:

—Conjúrote, fantasma, ó lo que eres, que me digas quién eres, y que me digas qué es lo que de mí quieres. Si eres alma en pena, dimelo, que yo haré por tí todo cuanto mis fuerzas alcanzaren, porque soy católico cristiano, y amigo de hacer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la caballería andante que profeso, cuyo ejercicio aun hasta á hacer bien á las ánimas del purgatorio se extiende. La abrumada dueña, que oyó conjurarse, por su temor coligió el de Don Quijote, y con voz afligida y baja le respondió:

—Señor Don Quijote (si es que acaso vuesa merced es Don Quijote), yo no soy fantasma ni visión, ni alma del purgatorio, como vuesa merced debe de haber pensado, sino doña Rodríguez, la dueña de honor de mi señora la duquesa, que con una necesidad de aquellas que vuesa merced suele remediar, á vuesa merced vengo.

Dígame, señora doña Rodríguez, dijo don Quijote, ¿por ventura viene vuesa merced á hacer alguna terciaria? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la sin par belleza de mi señora Dulcinea del Toboso. Digo, en fin, señora doña Rodríguez, que como vuesa merced salve y deje á una parte todo recado amoroso, puede volver á encender su vela, y vuelva y departiremos de todo lo que más mandare y más en gusto le viniere, salvando, como digo, todo incitativo melindre.

¿Yo recado de nadie, señor mío? respondió la dueña: mal me conoce vuesa merced: sí, que aun no estoy en edad tan prolongada que me acoja á semejantes niñerías, pues Dios loado, mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros que en esta tierra de Aragón son tan ordinarios.

Pero espéreme vuesa merced un poco, saldré á encender mi vela, y volveré en un instante á contar mis cuitas como á remedador de todas las del mundo: y sin esperar respuesta se salió del aposento, donde quedó Don Quijote sosegado y pensativo esperándola; pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura;